



Encomendamos a su caridad el alma de nuestra amada

**Hermana Marise Hrabosky**

Que dejó esta vida el 16 de mayo de 2020

En el sexagésimo séptimo año de su vida religiosa

Edad: 82 años, 3 meses, 22 días

*«Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que le aman» Romanos 8,28*

La Hermana Marise Hrabosky, nacida en Clairton el 25 de enero de 1938 y criada en Ellwood City, Pennsylvania, fue una hermana que definiría su vida por el amor que generosamente compartió y la confianza en la Providencia que encarnó. Recibió el nombre de Catalina en su bautismo. La Hermana Marise reconocía que fueron sus padres, William y Mary, quienes la inspiraron con un sentido de oración y una profunda conciencia de Dios. Siendo la mayor de tres hijos, los hermanos de la hermana Marise, Bill y Tim, conocieron el amor y el apoyo de su hermana mayor. Ya estaba en el convento cuando su hermano Tim murió una semana antes de su graduación de la escuela secundaria y su dolor fue compartido por sus hermanas en la comunidad. Esta fue una de las muchas veces que la comunidad la apoyó y animó.

Después de venir a la Villa en Providence Heights como estudiante de segundo año para terminar su educación secundaria, entró en la comunidad en 1953 desde su parroquia natal de Purificación de la Santísima Virgen María en Ellwood City, Pennsylvania. La Hermana Marise obtuvo una licenciatura en educación y una maestría, ambas de la Universidad de Duquesne. También recibió su certificación como directora. Sirvió en la educación en las diócesis de Pittsburgh y Columbus, Ohio, así como en la Arquidiócesis de Detroit. También fue directora de la Providence Heights Alpha School. En todos estos lugares, como maestra o directora, la Hermana Marise encontró el amor y lo compartió con alegría, prestando toda su atención a la persona que tenía delante y escuchando con su corazón. Como un estudiante escribió en una tarjeta de Navidad, años después de graduarse de una escuela donde la hermana era directora, «...me hiciste sentir muy bien conmigo mismo... siempre hiciste esa milla extra para hacer algo por alguien y por eso y mucho más, te amo...». La Hermana Marise trataba a todos con el mismo amor, respeto y creatividad sin importar las circunstancias, confiando en que tendría lo que necesitaba. La autora Alice Walker escribió: «He aprendido a no preocuparme por el amor, sino a honrar su llegada con todo mi corazón». Así fue como la Hermana Marise vivió su confianza en la Providencia.

En su cuestionario del 50º Jubileo de 2003, cuando se le preguntó qué era lo que más quería que la gente supiera sobre su vida religiosa, respondió que quería que supieran que su vida era una aventura. En 1990, esa aventura dio un nuevo giro. Trabajando como educadora dentro de una parroquia, fue trasladada para asumir nuevos roles en la parroquia, lo que la llevó a convertirse en una agente de pastoral social de la parroquia. En este papel, sus acciones en el ministerio mostraron a los de la parroquia un reflejo del Dios que llamamos Providencia. Ya sea visitando a los enfermos o dirigiendo los archivos de la parroquia, la Hermana Marise se mostró como una participante comprometida. La gente de la parroquia también la conocería como una amiga. Como una mujer escribió en una nota de agradecimiento a la Hermana Marise, «Tienes un verdadero don para hacer que la gente se sienta amada. Espero que nuestra amistad nunca termine. Siempre hay tantas sorpresas en mi vida desde que entraste en ella». Encontraría nuevos amigos cuando la aventura de su vida la llevó a la Universidad de La Roche para ejercer como recepcionista en Vivienda y Vida Residencial, conociendo a los estudiantes y al personal con su típico entusiasmo y amabilidad. En ese momento, su madre se mudó al Centro St. Joseph en Providence Heights para vivir y recibir atención. Esto fue un gran consuelo para la Hermana Marise.

Aquellos que se hicieron amigos de la Hermana Marise se dieron cuenta de que era una animadora imperturbable para casi todos los que conocía y tenía un gran interés en sus vidas. Muchos en las parroquias y escuelas en las que sirvió, y en la comunidad de la CDP, también, experimentaron esa amistad a través de una de sus notas o cartas alentadoras. Le gustaba compartir su alegría y su confianza en la Divina Providencia escribiendo, lo cual era un ministerio en sí mismo. Si estas notas se pudieran juntar en un libro, escribirían la historia de su vida. Mientras la Hermana Marise continúa con un nuevo capítulo en la aventura de su vida, rezamos para que siempre irradie su amor y alegría a aquellos que la estiman y acogen nuestro amor a cambio.

Cumpleaños: 25 de enero  
Hermana Elena Almendárez